

XXXVI.

El 2 de Junio.

Desde el momento en que se supo la traición de Dumuriez, llevada al extremo con la prision de los comisionados de la Convencion, se consumó la pérdida de los girondinos, y los dos meses que pasaron desde el 2 de Abril hasta el 2 de Junio no fueron para ellos sino una agonía lenta.

Jacobo Meroy, unido á los girondinos más bien por el voto contra la muerte del rey que por el todo de sus ideas, que eran jacobinas, habia seguido su suerte, aun cuando comprendia que caminaban hácia un precipicio.

La sesion que entregó en manos de sus verdugos á los girondinos, fué terrible; duró tres dias, desde el 31 de Mayo hasta el 2 de Junio; durante los tres dias, la artillería de Henriot cercó la Convencion; durante tres dias, Paris sublevado gritaba alrededor de Tullerías: ¡Muerte á los girondinos! y hasta las tribunas se hicieron eco de aquellas sangrientas vociferaciones.

Hubiéramos deseado hacer asistir á nuestros lectores á esas horrosas sesiones, en las que la Convencion, viéndose oprimida y no queriendo votar contra su voluntad la muerte de veintidos miembros, salió con su presidente á la cabeza para abrirse paso, pero fué rechazada, tanto en la plaza del Carrousel como en el puente giratorio.

Hubiéramos deseado mostraros á esos hombres que lucharon mal, pero que murieron bien, esperando á cada instante á los asesinos ó á los gendarmes, y no viendo aparecer ni á unos ni á otros, porque habian querido respetar en el recinto de la Cámara la in-

violabilidad del diputado, lanzándose despues por las tumultuosas calles, en las que iba á empezar una caza de hombres, recorrer la Normandía, la Bretaña, y deteniéndose en los campos de Burdeos sobre el cadáver de Pethion.

En medio de la turbacion que reinaba en la Asamblea, le pareció á Jacobo Meroy que le hacia señas Danton para que saliera.

Se levantó de su banco, y Danton hizo lo mismo. Dió un paso hácia la puerta, y Jorge tambien; no podia dudarle; Danton queria hablarle.

Jacobo bajó sin apresurarse, mirando en torno suyo para dar tiempo á sus enemigos de prenderle si era esa su intencion.

Llegó á la puerta; el alboroto era tal, que nadie se habia fijado en sus movimientos. En el corredor encontró á Danton.

—Huye, le dijo; no tienes un instante que perder.

Y al tenderle la mano, dejó en la del doctor un papel.

—¿Qué papel es este? preguntó Jacobo deteniéndole.

—Lo que me habias pedido; sus señas.

Jacobo lanzó un grito de asombro, de alegría, y se acercó á un quinqué para leer.

Entre tanto desapareció Danton.

Jacobo desdobló el papel y leyó:

«La señorita de Charelet, Josephplatz, núm. 11, Viena.»

Un cambio instantáneo, un trastorno completo se operó en el doctor.

La indiferencia de la vida desapareció como por encanto. El golpe que acababa de herir á sus compañeros y á él le pareció un beneficio, y efectivamente, su proscripcion le devolvía la libertad personal abriéndole las puertas del extranjero; ciudadano francés protegido por la república, no podia atravesar el Rhin; emigrado proscripito por la república, podia recorrer toda la Alemania impunemente.

Pero para esto era preciso salir de Francia, y antes de salir de Francia, lo más difícil todavía era salir de Paris.

La sesion habia concluido: una oleada de gente salia de las tribunas y se esparcia por la calle.



Jacobo se mezcló en ella y se dejó llevar.

La oleada le condujo hasta la calle de San Honorato por el postigo de la Escala.

Daban las nueve en el reloj del palacio real, cuyas ventanas estaban cerradas desde la prision de su ilustre propietario; el palacio, falto de luz de dia y de noche, tenia la apariencia de una tumba.

Jacobo Merey no necesitaba volver á la fonda de Nantes. Desde que estaban amenazados los girondinos y no sabian si pasaria la sesion sin tener necesidad de huir, Jacobo pagaba al dia su habitacion y llevaba en un cinturon quinientos luises en oro.

Además, en su cartera tenia dos ó tres mil francos en papel.

El peligro seria mayor al dia siguiente, porque todavía Paris no sabia la noticia de la proscripcion de los girondinos; pero sin embargo, ya se podia formar idea de la exasperacion que reinaba en Paris.

Numerosos grupos lanzados á la calle por Hébert, Chaumette, Guzman y Varlet, unos armados con picas, otros con sables y algunos con hachas, y todos llevando antorchas, pasaban gritando: ¡Muerte á los traidores! ¡Muerte á los girondinos! ¡Muerte á los cómplices de Dumuriez!

En la plaza de las Victorias encontró uno de aquellos grupos, y no tuvo más que el tiempo preciso para lanzarse por la calle Bourbon-Villeneuve; pero al llegar á la calle Montmartre vió otro con antorchas que bajaba por la calle de las Hijas-de-Dios; entró por la de Clery, pero apenas llegó á la esquina de la de Poissonniere, apareció otro que le cerró el paso.

Todos se encaminaban á la Convencion.

Este último grupo se componia de maratistas, que gritaban: ¡Viva el amigo del pueblo! Ser girondino y caer en manos de los maratistas era ser destrozado, y Jacobo Merey, desde que sabia el paradero de Eva, no queria morir.

Tratar de atravesar sin ser reconocido era imposible; retroceder era muy peligroso.

Una de esas criaturas desgraciadas que se ven por la noche en el dintel de las puertas, y que sin ser como la Galatea de Virgilio hu-

yen, sin embargo, para que procuren alcanzarlas, desapareció por un pasadizo. Jacobo se lanzó en pos de ella; pero en lugar de subir la tortuosa escalera, cerró la puerta de la calle.

Entonces aquella mujer se acercó á él.

—¡Ah! ¡Ah! ciudadano, parece que no eres de la opinion de esos alborotadores que impiden á las pobres muchachas como yo ejercer su oficio.

—¡Silencio! dijo Jacobo sacando de su bolsillo un *assignat* de cien francos y poniéndolo en la mano de la muchacha, ínterin con la otra se enjugaba el sudor.

La cortesana vió aquella fisonomía noble é inteligente, y como la belleza tiene influencia, le dijo:

—A mí no me pagan sino cuando me deben; pero cuando hago un favor es de balde.

Y levantando el sombrero de Jacobo para verle mejor, le limpió el sudor con su pañuelo.

—¡A fé mia! tienes razon, jóven, en no permitir que te corten la cabeza. Vamos, toma tu *assignat*.

Durante este diálogo pasaba el grupo vociferando y aullando.

La muchacha puso la mano sobre el corazon de Jacobo.

—¡Además, valiente! Su corazon late tranquilo.

El grupo pasó.

Jacobo procuró que la jóven tomara el papel-moneda.

—Es inútil; cuando digo que no, es no.

—Quisiera dejarte algun recuerdo, dijo Jacobo; una sortija, ó cadena...

—¿De veras?

—Palabra de honor.

—Pues bien; dame un beso en la frente; nadie sino mi madre ha pensado en eso.

Admirado Merey de encontrar una perla en un lupanar, se quitó el sombrero, y levantando los ojos al cielo, la besó en la frente como si fuera una vírgen.

—¡Ah! exclamó, qué bueno es un beso así.

Y abriendo la puerta vió la calle desierta.



—Ahora puedes partir.

Jacobo Merey llevaba en la mano izquierda un anillo muy en moda entonces, y que se llamaba *junco*; era un aro de oro con un diamante, y que costaban trescientos ó cuatrocientos francos. Se lo puso en el dedo á la muchacha y se lanzó á la calle.

—Sea, puesto que lo deseas, dijo; pero en realidad mi satisfaccion es menor. De todos modos, buen viaje y buena suerte; ¡mi paseo por esta noche ha concluido! ¡Adios!

Y cerró la puerta.

Jacobo continuó su camino y llegó al *boulevard*. Pero allí cerraba el paso Santerre, á la cabeza de los del arrabal de San Antonio.

En la calle de San Dionisio y en la de Bondy habian puesto centinelas, y Santerre á caballo ocupaba el *boulevard* vacío.

No podia retroceder; Jacobo Merey sabia que Santerre era un patriota vehemente, pero al mismo tiempo hombre honrado.

Se dirigió á él, y puso la mano en el cuello del caballo.

Santerre se inclinó comprendiendo que aquel desconocido tenia algo que decirle.

—Ciudadano Santerre, soy el representante que notició á la Asamblea las victorias de Valmy y de Jemmapes.

—Es cierto; te reconozco.

—Me llamo Jacobo Merey, soy amigo de Danton, quien me ha ofrecido un asilo en su casa, que yo no he aceptado por no comprometerlo. Me sentaba en el banco de los girondinos y estoy proscrito como ellos; baja del caballo, dame el brazo y condúceme hasta la calle de Lancry; mañana le dices á Danton lo que has hecho por mí, y te estrechará la mano.

Santerre no contestó; se apeó, dió el brazo á Jacobo y le condujo hasta la calle de Lancry.

—¿Necesitas que vaya más allá? preguntó.

—No; dentro de cinco minutos llegaré á donde voy.

—Que Dios te acompañe; dijo Santerre olvidándose que Dios estaba abolido.

—Gracias, dijo Jacobo; hubiera hecho lo mismo por tí.

—Ya lo sé, contestó el honrado cervecero.

Se estrecharon la mano y se separaron.

Jacobo subió por la calle de Lancry hasta la de la Grange-aux-Belles; despues tomó la del Marais, la siguió hasta el número 33, y allí se detuvo delante de una casa baja y sombría, y miró en derredor suyo para asegurarse que no le seguian.

Vaciló un momento entre dos campanillas, una á la izquierda, cerca de una caja cerrada con candado, y otra á la derecha pendiente de la pared. De esta última tiró.

Casi enseguida se abrió la puerta y apareció un hombre vestido de negro, con corbata blanca y calzon corto, el que sin duda reconociendo á Jacobo le hizo seña que entrara; cerró la puerta, y saludándole respetuosamente pasó delante, diciendo:

—Por aquí, caballero.

Jacobo Merey le siguió. El hombre vestido de negro fué conduciéndole por un corredor alumbrado hasta el comedor, cuya puerta al abrirse dejó escapar un torrente de luz.

Efectivamente, estaba iluminado como para una fiesta; seis cubiertos estaban puestos alrededor de una mesa elegantemente servida: cinco personas, incluso el hombre vestido de negro, aguardaban sin duda al sexto convidado. Estas cinco personas eran una mujer de treinta y seis á treinta y ocho años, hermosa aun; dos jóvenes de diez y seis á diez y ocho, y un muchacho de trece.

El hombre de la corbata blanca era el quinto.

Cuando entró Jacobo se levantaron todos.

—Esposa, y vosotros, hijos míos, ¿veis este hombre? añadió señalando á Jacobo Merey, es aquel que no se desdeñó de socorrer sobre el cadalso á nuestro...

La mujer se acercó á Jacobo y le besó la mano, y las dos jóvenes y el niño hicieron lo mismo.

—Espero que jamás olvidareis, continuó el hombre vestido de negro, en quien habrán reconocido nuestros lectores al señor de Paris, que el ciudadano Jacoco Merey, injustamente proscrito, ha venido á buscar asilo bajo nuestro techo.

Y mostrando el sexto cubierto, le dijo á Jacobo:

—Ya veis que os esperábamos.